

ELOJIO FUNEBRE

DE

D. DIEGO MELENDEZ SILVA.



Por el Prestado José Pascual Afanador

Este fué "el hombre amado de la sociedad,
i el amigo mil veces mas querido que un
hermano.—(Prov. 18, v 24.)

EL presente tiempo, (a) Señores, en que la Iglesia universal dirigida por el Espíritu Santo ofrece á la justicia divina sus oraciones i sacrificios con la mira de conseguir el descanzo eterno de aquellas almas de los fieles difuntos, que acaso se encuentran detenidas aun en el tremendo lugar de la expiación: esta época fecunda en sentimientos positivos de gratitud i de dolor, en que el espíritu humano guiado por las luces de la revelacion toca con espanto las puertas de la eternidad, i se remonta al nacimiento del Universo para contemplar á las generaciones pasadas convertidas ya en polvo i ceniza con todos sus triunfos, su poder i su gloria: Hoi que vosotros habeis asistido con interes relijioso al sacrificio santo que acaba de ofrecerse por la salud comun de los vivos i de los muertos, i en el mismo templo i en el mismo altar, que erijieron vuestros mayores; es tambien para mí la mejor oportunidad de ofrecer un sencillo homenaje á la grata memoria de aquel hijo venerado de este pueblo, de aquel ilustre i jeneroso ciudadano que con actos espléndidos de caridad i beneficencia se hizo dueño del respeto i estimacion comun de las jentes, i con notables esfuerzos en favor de la libertad é independenciam de su pais mereció justamente el título de Eminent Patriota.

Por lo que acabo de indicar, comprenderéis, Señores, que yo quiero hablaros de D. DIEGO MELENDEZ SILVA. Mas, si yo me atrevo á penetrar hoi en la mansion de los muertos, si mis palabras interrumpen el silencio pavoroso de los sepulcros invocando á la Venerable sombra de Melendez, no es para derramar sobre sus cenizas los brillantes adornos de la poesia, como se acostumbra, ni los laureles ensangrentados de algun guerrero, ni las soberbias i mentirosas inscripciones con que suelen conservar su nombre sobre la tierra los grandes malvados. No, Señores; nada de esto, vereis vosotros acumulado por mis manos en obsequio de Diego Melendez. Este hombre á la verdad es mui digno de la apoteosis, i tiene derecho á que se graven sobre su tumba los honores propios de Caton i Aristides: pero su gloria es un orijen mas noble, i por esto los mismos monumentos de su beneficencia, que nosotros tenemos á la vista, son los mejores caracteres de su historia, i el corazon de este pueblo agradecido será un templo vivo i perpetuo consagrado á su memoria.

Yo tengo, Señores, la ventaja de poder hablar de D. Diego Melendez con la mas grande imparcialidad. Ninguna influencia de partido, ningun interes personal, ni relaciones de parentezco, ni vínculos de amistad ó de familia, ni obligaciones particulares de otro jénero, me mueven en su favor:

La época de este hombre célebre fué anterior á la mia, yo no tuve el gusto de conocerlo, i solamente he venido á ser espectador imparcial del resultado de sus brillantes obras. (b) Nada diré, pues, que no sea conforme á vuestros sentimientos, nada que no corresponda á lo que vosotros sabeis i es público i notorio en toda esta provincia.

D. Diego Melendez Silva fué en su condicion privada un hombre moral i religioso sin fanatismo, un hombre libre sin preocupacion; fué tambien en su profesion social un perfecto modelo de patriotismo i de virtudes cívicas i bajo de estos dos aspectos es que yo quiero recordar hoy la historia de su vida.

En 1741 nació D. DIEGO MELENDEZ rodeado de circunstancias muy favorables para distinguirse en la sociedad: como hijo lejítimo del Maestro de Campo D. Miguel Melendez i de doña Josefa Silva podia lisonjearse desde su cuna el jóven Diego de ser algun dia el heredero de la nobleza i gloria de sus progenitores, i el señor absoluto de cuantos dependian de su poder i riquezas. I á la verdad, Señores, si yo me propusiera formar el elogio de Meléndez deduciéndolo del ascendiente de sus mayores, tendríamos en su favor una larga i respetable jeanalojía, tendríamos distinciones i honores, tendríamos titulos i antiguas recompensas, i con la categoria de Maestro de Campo vendrian tambien unidos los sentimientos de una clase elevada la opulencia, el orgullo i todos los caprichos de la fortuna; pero hablando del republicano Diego Meléndez, yo debo proceder con aquella libertad, que el mismo dejó fundada entre nosotros, debo prescindir de estos méritos adventicios, que acompañaron á su nacimiento, i que la lejislacion del nuevo mundo ha relegado mas allá de los mares, debo en fin considerarlo como fué en sí mismo, esto es, dotado por el Cielo de escelentes cualidades, i mil veces mas ennoblecido con sus propias virtudes. He dicho que Meléndez Silva fué en su condicion privada un hombre moral i religioso sin fanatismo, i libre sin preocupacion. La opinion pública i el testimonio constante i uniforme de sus contemporáneos sostiene á la vez esta asercion. Mas para descubrir el carácter i mérito personal de este ilustre compatriota nuestro, es preciso remontarnos á la época de su juventud, apreciar las costumbres i los usos que entónces eran dominantes, i la influencia seductora de las comodidades, de que se veia rodeado. Sabido es que un jóven noble en aquel tiempo, i bajo el yugo peninsular, aseguraba su elevacion i grandeza, por el solo hecho de haber nacido de padres ricos, nobles i poderosos; la religion i la moral pocas veces entraban en sus cálculos: la industria, productora de la dicha social, el desarrollo de la intelijencia, el aprecio de las ciencias, i el cultivo de las bellas artes, eran á sus ojos ocupaciones innecesarias, ó mas bien oficios degradantes; porque la política de nuestros conquistadores dejaba crecer en la estupidez i en la ignorancia aun á los mismos que estaban destinados á gobernar i enseñorearse de tantos pueblos oprimidos.

Sin embargo de todos estos inconvenientes, la vida privada de Diego Meléndez se encuentra llena de notables ejemplos de virtud. La piedad filial, esa virtud que tanto recomiendan las leyes divinas, porque es el fundamento de toda sociedad i el vínculo mas fuerte que estrecha á las generaciones entre sí, fué practicada por Diego Meléndez con tanta sumision i respeto, con tanto amor i ternura para con sus padres, que parecia emular en esta parte los hermosos rasgos del jóven Tobias, ó presentar otra vez la imájen poética del venturoso Eneas. (c) Honrar á sus padres en todo sentido

consagrarles diariamente i de la manera mas respetuosa los productos de su inteligencia i trabajo, fué la primera regla de su conducta privada. Mas ¿qué diremos de aquel celo racional i puro que siempre manifestó por el cumplimiento de sus obligaciones religiosas? ¿Qué diremos de la cooperación edificante con que promovía las funciones solemnes del culto público? ¿qué, de la circunspeccion i prudencia con que corregía los desórdenes de sus dependientes i esclavos? qué, de la mansedumbre con que escuchaba los clamores i quejas de los oprimidos? qué, de la justicia i entusiasmo con que defendía los derechos de sus clientes? con qué lenguaje podremos pintar aquella caridad casi divina con que enjugaba secretamente las lágrimas de los indijentes á los cuales establecía en sus terrenos, ó alojaba en su casa i auxiliaba con su dinero?

Siento, Señores, no tener tiempo bastante para detenerme en el exámen de todos estos pormenores de la vida privada de Meléndez; porque seguro estoy que cada uno de ellos merece un elogio particular i muy estenso. También esperimento la pena de pasar en silencio aquellas cualidades que tanto lo adornaban en el trato social. Mucho pudiera yo decir de la cortesanía i urbanidad con que trataba á sus iguales, mucho de la constancia i fidelidad con que conservaba sus amistades, mucho del amor paternal que profesaba á sus hermanos, á los cuales dirijia con sus consejos inculcándoles la regularidad, la economía, el órden en todos sus negocios; pero bástenos saber por lo ménos que Meléndez fué en el seno de su familia el pontífice i maestro de la moral i de la relijion, i que en él brillaron aquellos frutos de la divina gracia, de que nos habla el Apóstol, esto es, la bondad, la justicia i la verdad.

Pasemos ahora á considerarlo con mas detencion en su vida pública para que se vea hasta qué punto ha llegado la influencia poderosa de un hombre libre, de un jenio bienhechor. Un campo mucho mas vasto se descubre aquí delante de nosotros. Sin duda las virtudes privadas son dignas de toda nuestra veneracion; pero los servicios hechos á un pueblo entero se colocan en un lugar mucho mas distinguido: ellos se difunden á largas distancias i vienen á ser el patrimonio de la posteridad. ¡Dichoso aquel que puede hacer el bien á sus contemporáneos, i mas dichoso el que puede entenderlo á las jeneraciones venideras! En este sentido podemos aplicar hoy á Diego Meléndez lo que un elocuente publicista dijo, hablando del célebre Romilly: "La naturaleza ha puesto entre las jeneraciones una noble correspondencia: ellas se ilustran sin verse, i se enriquecen sin conocerse. Las verdades útiles forman una masa eterna, á la cual cada individuo lleva un tributo particular, bien seguro de que ningun poder será capaz de quitarle la menor parte de este tesoro inagotable. El amigo de la libertad i de la justicia lega de este modo á los siglos futuros la mas preciosa parte de sí mismo i la pone al abrigo de la injusticia que la desconoce i de la opresion que la amenaza; i la deposita en el santuario, en el cual jamas podrán acercarse las pasiones viles ó feroces. Aquel que por la meditacion descubre un solo principio; aquel cuya mano traza una sola verdad; aquel cuya elocuencia establece victoriosamente una institucion saludable, puede sin inquietud abandonar su vida á los pueblos i á los tiranos; tan injustos muchas veces los unos como los otros. Pero él no habrá existido en vano, i su pensamiento queda impreso sobre el todo indestructible, á cuya formacion nada puede impedir que él haya contribuido." Tal ha sido el destino de Meléndez Silva defendiendo durante el curso de

su vida pública los derechos de la humanidad, de la justicia: i de la libertad civil i política de sus compatriotas. La muerte lo arrebató de entre nosotros, pero la muerte no ha podido detener el curso de sus inspiraciones, ni apagar las luces que nacieron á impulsos de su jenio. Yo contemplo á Meléndez como un árbol fecundo i de inmortal memoria, truncado por la mano del tiempo, pero cuyos frutos se multiplican, se desarrollan i estienden prodijosamente aun sobre la misma tumba que encubre sus cenizas.

Vuestros padres, Señores, fueron testigos presenciales de la actividad i zelo con que Meléndez trabajaba por el engrandecimiento de su pueblo, de los sacrificios que hacia para promover las obras del bien procomunal, i de sus arriesgados comprometimientos para lograr la independencia i libertad de su patria. En las grandes empresas de interes comun i público todos los asociados pueden distinguirse mas ó ménos contribuyendo cada uno con alguna porcion de sus facultades. Así, por ejemplo, es, i se dice patriota ó buen ciudadano, el que espone su vida i derrama su sangre en los campos de batalla para derrocar la tiranía i defender las libertades públicas, lo es el que contribuye con su dinero para adquirir los elementos materiales de defensa, ó la manutencion del ejército; lo es el que presta sus servicios desempeñando los empleos públicos concejiles i onerosos; lo es el que dirige los negocios con sus luces, con su influjo i palabra; lo es en fin el que sufre con constancia i enerjía persecuciones i trabajos por la causa común; pero muy pocos son los ciudadanos que quieran abrazar de una vez todos los sacrificios i echar sobre sí todas las cargas, porque obre en su corazon con mas fuerza el interes de la sociedad, que la utilidad i provecho individual. Empero nosotros tenemos en Diego Meléndez uno de esos hombres raros i extraordinarios que la Providencia Divina envía de siglo en siglo para consuelo de los pueblos, i que olvidados de sí mismos se sacrifican gustosamente por la salud comun de sus semejantes. Examinemos algunos hechos.

Por mas de 20 años del siglo pasado, se vió á Diego Meléndez desempeñar con honradez los primeros destinos del pueblo de San Jil, i colocado al frente del ilustre Ayuntamiento parecia el oráculo de sus compatriotas i el alma de aquella corporacion compuesta siempre de hombres distinguidos. Despues de la malograda revolucion, que estalló en 1781, el gobierno español, como se sabe, se manifestó mas suspicaz i receloso de la tendencia que advertia, en los americanos, á independizarse i ser libres: por todas partes oponia trabas á los progresos intelectuales i materiales de este pais: por todas partes humillaba á sus habitantes con nuevas cargas i mayores vejaciones: el terrorismo político i relijioso, armado con las teas de la inquisicion, condenaba las ideas nacientes, sofocaba los jérmenes de una provechosa libertad, i en nombre de la relijion de paz i caridad, que tantas luces nos ha traído del Cielo, el gabinete de España pretendia sepultar en las tinieblas los derechos sagrados del pensamiento i la noble facultad que distingue al hombre de los brutos. Sin embargo, en medio de tantos obstáculos no desfallecia el espíritu penetrante i vigoroso de Meléndez. De cualquiera coyuntura favorable se aprovechaba para hacer el bien. Tan dominado estaba del deseo de engrandecer á su pueblo como de libertar á su patria. Así fué que habiendo sido nombrado director de la construccion del edificio destinado para carnicería desempeñó este encargo personalmente i con tanto interes i zelo como si la obra hubiese pertenecido á él solo, i terminado el trabajo rehusó admitir un solo cuarto del sueldo que le era debido, porque todo lo cedió á beneficio del público. Posteriormente,

cuando se hacian fuertes inculpaciones al Cabildo de esta Villa, porque se retardaba la obra del puente á causa de no ponerla bajo la direccion de un sujeto de influjo i de confianza, todos fijaron sus ojos en Diego Melendez para encargarlo de la empresa, i en ella trabajó con la misma generosidad i patriotismo hasta contraer aquella enfermedad en que perdió la vista. Mas no era solamente en las obras materiales i de interes local que Melendez se distinguia: en las publicas ceremonias en que era necesario sostener la dignidad i decoro del pueblo para lograr algunas ventajas del Gobierno, se condujo tambien con mucha prevision i política. Justo apreciador del mérito de los hombres sabia tributarles sus homenajes. Los funerales, que promovió en 1789 para honrar la memoria del mas humano i filantrópico de los últimos Reyes de España, del virtuoso Carlos 3.^o prueban mui bien lo que acabo de espresar. ¡Cuántas razones de conveniencia i de política envolvia en aquel tiempo esta sola funcion celebrada con pompa (d) en la Villa de San Jil! Pero ¿qué necesidad tengo yo de ir tan lejos, ó de emplear digresiones extrañas, para poner á la vista los ejemplos de la bondad de Melendez? Pueden hablar por mí, i de una manera mas elocuente, este mismo templo i estos altares, que el mismo Melendez Silva edificó con sus manos. Vosotros, Señores, lo sabeis: en el año de 1800, cuando apenas se trazaban las bases de esta hermosa fábrica, donó Melendez de su caudal la suma de 1500 pesos, i no contento con hacer esta importante erogacion, prestó infatigable i gratuitamente su servicio personal en clase de sobre-estante de la obra. Mas, observando que la contribucion de dinero impuesta al vecindario era gravosa en extremo para los pobres, los eximió de ella, cediendo además de su bolsillo la cantidad de 500 pesos, que él mismo distribuyó en el pago de los jornales. Hable por mí ese magnífico hospital de caridad, fundado i sostenido en esta Villa por los dos hermanos Diego i Manuel Melendez, i al cual destinaren de comun acuerdo la mejor parte de su caudal para asegurar en él un asilo á la clase desvalida contra los horrores de la hambre, de las enfermedades i de la miseria. Hablen por mí todos los pobres á los cuales alivió Melendez con la limosna de mas de 1000 pesos que destinó para ellos. Saigan de su sepulcro, i hablen por mí, todos los ancianos i valetudinarios, que oprimidos bajo el peso de los años i de la miseria, prolongaron sin embargo su vida, recibiendo con manos trémulas el pan, que les repartia todos los dias este hombre extraordinario. Reproduzcanse tambien todas las lágrimas de gratitud, que derramaron los huérfanos i desvalidos colocados á la sombra de Melendez, i vengan á servir hoy de homenaje digno sobre las cenizas de su benefactor. I vosotras, almas benditas, que detenidas por algun tiempo en el purgatorio, recibisteis el beneficio de los tesoros de la Iglesia, porque Melendez caritativo con vosotras derramó cuantiosas limosnas para promover en vuestro alivio mil sacrificios, mil sufragios, mil oraciones: vosotras sereis testigos infalibles i eternos de sus bondades, porque delante de vosotras se halla el tesoro incorruptible, que este grande hombre depositó en el cielo á espensas de las comodidades que poseia sobre la tierra!! Señores, el entendimiento se pierde i el corazon no puede soportar el peso de tan gloriosos recuerdos. Pero avancemos todavia mas en el exámen de los hechos.

En 1811 cuando se reunieron los vecinos notables de este pueblo para escojitar los medios de sostener una cátedra de filosofia, que fuera á un mismo tiempo escuela clásica de las ciencias exactas i de la libertad de los Colombianos, se convino fácilmente en adoptar la contribucion voluntaria

de dinero, en defecto de fondos permanentes. Como todos deseaban la propagacion de las luces i el que los principios politicos, que ya se habian proclamado, fuesen sostenidos vigorosamente, todos prometieron en aquel dia su cooperacion. Cual se suscribia en 10 pesos, cual en 15, cual en 20 unos ofrecian mas, otros ménos, pero todos procedian con cierta firmeza i economía, quedando cada uno muy satisfecho de que hacia demasiado con dar el primer paso en una empresa tan liberal i filantrópica. Solamente Melendez no queda complacido. Su jenio elevado i jigantezco no puede contenerse dentro de un círculo tan estrecho; él estiende sus miras á lo futuro, mide con el pensamiento los destinos de su patria, contempla cariñoso á la nueva jeneracion que se levanta reclamando de sus padres libertad, instruccion i gloria; i sintiendo su corazon abrasado en el amor patrio, esclama en medio de la asamblea: muy poca cosa, dice, habeis prometido, no es de esta manera que vuestras aspiraciones pueden llegar a su término; el resultado de vuestra contribucion es limitado i transitorio; mas yo quiero que la empresa á que se destina, tenga desde su origen un fundamento sólido i perpetuo. I puesto que vosotros no podeis sostener un establecimiento de tantas esperanzas para vuestros hijos, yo lo haré, yo solo lo haré á mis espensas. Asi habló Melendez, i en aquel mismo dia otorgó por escritura pública la donacion de seis mil pesos para dotar la cátedra de filosofia; asi habló Melendez, i las obras siguen sus pasos i el espíritu público se difunde por todas partes: asi habló Melendez, i los Sanjileños penetrados de gratitud i llenos de asombro oyen su voz, imitan su ejemplo i se someten á su voluntad; asi habló Melendez, i su jenio creador dejó trazados desde aquella época los cimientos del Colejio de Guanentá. Al lado de un hombre como Melendez, pudo fácilmente organizar i dirigir este famoso plantel consagrado á las luces, el venerable sacerdote i esclarecido ciudadano Dr. F. José Otero, digno tambien de eterna alabanza por sus jenerosos sacrificios en favor de este pueblo, i de induljencia por lo que dejó de hacer, arrastrado por circunstancias i preocupaciones hijas del siglo en que fué educado, pero que no nacian de su piadoso i magnánimo corazon. El ocuparia con justicia una parte de mi discurso, si la memoria de Melendez no demandara hoy la preferencia.

Hasta aquí hemos considerado á Diego Meléndez bajo los atributos de espléndido, magnífico, caritativo i liberal, lo hemos visto distinguirse por importantes servicios colocado á la cabeza de un pueblo que lo idolatraba: lo hemos visto en la prosperidad balancear con estremada prudencia los vaivenes i caprichos de la política i de la fortuna; pero él es mucho mas grande i admirable cuando se le contempla en una edad avanzada, enfermo, ciego, privado de la libertad i estropeado por la mas detestable tiranía. Sabido es que en los años de 16, 17 i 18 de este siglo, los pacificadores mandados por el bárbaro i execrable jeneral Morillo se propusieron, como lo hacen todos los tiranos, asegurar su dominacion con el suplicio de los hombres libres, derramar sin fórmula de juicio la mejor sangre de la patria, i atormentar de mil maneras á los que reputaban insurjentes ó rebeldes. Diego Meléndez, fué en aquella época aciago reducido á prision i conducido de la cárcel de este pueblo á la de Vélez, villa de Leiva i Tunja, i despues de inauditos padecimientos, sufrió tambien la multa de mil pesos. Ni el aspecto venerable de sus canas, ni la memoria de sus servicios, ni la recomendacion de sus ascendientes pudieron salvarlo de los horrores de la tiranía; porque la España no queria entonces sino esclavos i Meléndez.

habia nacido libre; su carácter inflexible i severo no podia hermanarse con la humillacion i la bojeza; i á medida que los tiranos apuraban los ultrajes i crueldades, Meléndez se manifestaba mas tranquilo i sereno en los sufrimientos, mas constante i fiel en sus principios, i mas decidido que nunca á sellar con su propia sangre la libertad de su patria. La República de Roma, no presenta cosa mas sublime en la historia de sus Tulios, Apios i Catones, á los cuales puede equipararse Meléndez por la gloria de su patriotismo i de sus virtudes cívicas.

Despues de esto i habiendo logrado retirarse al seno de su familia empleó toda su influencia i relaciones para reanimar el espíritu público, i difundir entre sus paisanos las ideas de libertad, i aunque sus bienes se habian menoscabado considerablemente, hizo, no obstante, la donacion de 1500 pesos en dos partidas con el especial destino de comprar armas para combatir á los enemigos de la independencia. El cielo prolongó la vida para que tuviese la satisfaccion de dejar libre á su patria, engrandecido su pueblo i adelantados los establecimientos que habia fundado; i finalmente regocijando en el Señor de cielos i tierra que lo habia protejido en tan larga carrera, fortalecido con los ansilios de la religion, i legado á sus parientes i amigos un modelo de todas virtudes, su grande alma se desprendió de la tierra el dia 12 de junio de 1827, para volver al seno de la Divinidad de donde habia emanado.

Aquí, señores, terminaria yo esta oracion, sino me ocurriera que puede oponerse un solo reparo contra la vida de Diego Meléndez. Se dirá tal vez que él dejó de consultar los intereses de su patria rehusando abrazar el estado del matrimonio i procrear hijos en quienes resplandecieran hoi el espíritu i virtudes de su padre. Esta objecion aparente, si alguno la hiciere, debe contestarse con las palabras del célebre Epaminondas. Como político, guerrero i ciudadano, llegó á ser este capitán el primer hombre de Tebas sin ser casado. Libertó á su patria en muchos combates i le aseguró la independencia en la batalla de Leutra. Un amigo suyo, que á la sazón tenia hijos sin educacion i viciosos, lo reconvino un dia, porque no casándose privaba á la patria del apoyo que podrian prestarle sus hijos. El libertador de Tebas le contestó: te engañas, amigo, si crees que yo estoi obligado á casarme para favorecer á mi patria; en los importantes servicios que le he prestado dejo la descendencia que tú deseas: mis hijos quedan en la batalla de Leutra. (e) Ciertamente, señores, si mas bien es padre el que alimenta i educa que el que enjendra, como lo enseña la sana moral i lo reconocen los mismos paganos, yo digo que Diego Meléndez es padre de muchos hijos, i su descendencia abraza diferentes clases. Hijos de Meléndez son los que él mismo enseñó á buscar la subsistencia por medios lejitimos prestándoles auxilios, direccion i consejos: hijos de Meléndez son todos los enfermos, pobres, huérfanos i viudas que han sido alimentados por él: hijos de Meléndez son mas de treinta sacerdotes educados en el Colejio de Guanentá i que hoi ejercen con lucimiento el ministerio del altar, ¡ojalá que éstos jamas aparten de su memoria al benemérito fundador de su colejio! hijos de Meléndez la multitud de jóvenes que encontraron en este mismo establecimiento la instruccion gratuita por medio de la cuál se han formado para la milicia, armada i para la toga, para las ciencias i las artes, para la agricultura i comercio. De esta manera es que Meléndez, semejante al héroe de Tebas ha procreado una brillante jeneracion; i sus cenizas i monumentos reprenderán siempre á los padres de familia, que por atesorar el oro i la plata

descuidan lo mas precioso de sus intereses, esto es, la educacion de sus hijos, sin advertir que las riquezas en manos de jóvenes ignorantes i viciosos son como la tea desoladora en manos de un loco.

De lo que dejo dicho ya puede concluirse que Diego Meléndez fué en su condicion privada un hombre moral i relijioso sin fanatismo i libre sin preocupacion; i que en su profesion social fué tambien un modelo perfecto de patriotismo i de virtudes cívicas, por lo cual se le considera como el ornamento i gloria de su pueblo.

¡Sí, respetable i generoso ciudadano! ¡Hombre amado de la sociedad i amigo mil veces mas querido que un hermano, yo te saludo! Recibe hoy el homenaje de mi reconocimiento i admiracion, i no te ofendas si mi discurso ha sido poco digno de tus virtudes, no te ofendas si yo he pasado en silencio los mejores rasgos de tu bondad i justicia. En nombre de este gran pueblo que tú formaste, delante de estos altares que fueron tus delicias, i sobre tus mismas venerandas cenizas que se hallan presentes; yo me atrevo á asegurar, que aun cuando la mano destructora del tiempo hiciera desaparecer las obras materiales de tu beneficencia, jamas se borrarán de la memoria de los hombres libres, tu honor, tu nombre, tus servicios i alabanzas. *Semper honor, nomenque tuum, laudesque manebunt.*



BOGOTÁ.

IMPRESA DE J. A. CUALLA.—POR C. LÓPEZ.
1849.

NOTAS DEL ELOJIO FUNEBRE DE DON DIEGO MELENDEZ.

(a) El Dr. José Pascual Afanador, autor de este discurso i admirador de las virtudes de Dn. Diego Meléndez, lo pronunció el día 11 de noviembre de 1842, en la iglesia matriz de la villa de San Fil, en que fueron depositadas las cenizas de dicho señor Meléndez con un aparato relijioso i fúnebre, tan imponente i majestuoso, como correspondia á la memoria de este hombre esclarecido i benéfico. El orador alude á la costumbre jeneral de los cristianos, que en este mes concurren cada año á los templos á ofrecer oraciones i sacrificios propiciatorios para alcanzar de la misericordia divina el alivio i descanso de los fieles difuntos, i particularmente de las almas de sus deudos i amigos, renovando así el sentimiento de haberlos perdido i la gratitud por los servicios que de ellos recibieron.

(b) El Dr. Afanador fué por mucho tiempo Rector i catedrático del colejio de Guanentá, i capellan del Hospital de caridad, fundados i sostenidos por Dn. Diego Meléndez: i por consiguiente habia observado por sí mismo los importantes i benéficos resultados de estos dos establecimientos.

(c) Cuando la ciudad de Troya fué tomada por asalto é incendiada por los Griegos, Eneas uno de los mas valientes capitanes que la habian defendido, viendo que todo estaba ya en poder de los enemigos i de las llamas, solo pensó en salvar la vida de su padre Anchises, que era mui viejo, al cual sacó sobre sus hombros abriéndose camino por entre los grupos de enemigos que lo detenian; i dejando abandonadas su esposa i familia. Por esto los escritores i poetas de la antigüedad cohesion de elojios al héroe troiano, i lo presentan como modelo de piedad filial. Un poeta dijo:

En el funesto incendio de la Patria,
 Por medio del ejército triunfante
 Sobre sus hombros á su padre Anquises
 Sacando Eneas de piedad imájen,
 La dolerosa pérdida temiendo
 Decía así mirando á todas partes:
 Dejadme ir libre, Griegos vencedores,
 Pues ha de ser la gloria de este lance
 En vos ninguna, arrebatár á un viejo,
 I en mí infinita libertar á un padre.

(d) Esta conducta, que espresaba el sentimiento por la pérdida de un Rei virtuoso, liberal, ilustrado i benéfico, era una leccion práctica que enseñaba al pueblo á detestar la tiranía, i los abusos del poder. Las alabanzas de la virtud insinúan tácitamente la reprobacion de los vicios. I esto era lo que se proponia el político i previsivo Dn. Diego Meléndez.

(e) Véase el capítulo último de la vida de Epaminondas escrito por Cornelio Nepos.

(f) Virjilio en una de sus églogas hace protestas de gratitud eterna i elojios magníficos en honor de un Príncipe romano, que protejia á los poetas i literatos, i concluye con este elegante verso:

“*Semper honor, nomenque tum, laudesque manebunt.*”

Es aplicable esta idea á Dn. Diego Meléndez, cuyo mérito i virtudes no han sido enarradas por estenso, como lo indica el orador en el último apóstrofe con que termina su discurso.